



ISLAM Y OCCIDENTE

Cristianisme i Justícia
(Consell Permanent)

Introducción: un conflicto cultural

1. El Islam como religión
2. El choque democracia - fundamentalismo
3. ¿Por dónde vamos?
4. Una palabra a Europa
5. Caminos de solución
6. Una palabra para los cristianos

Conclusión

Apéndice

“¿Por qué dices a tu hermano ‘voy a sacarte la brizna que llevas en el ojo’, y no adviertes la viga que llevas en el tuyo propio? Hipócrita: saca primero la viga de tu ojo y entonces verás claro para limpiar el ojo de tu hermano” (Mt 7,4-5).

INTRODUCCIÓN

A finales de octubre del 2001, el mundo está viviendo una situación de conflicto. No de guerra: pues ésta supone una declaración oficial y la neta identificación de los contendientes. Algunos la califican como “cruzada” (antiterrorista) mostrando con ello cuán poco hemos evolucionado desde la Edad Media hasta hoy. Quizá la mejor descripción de nuestro momento es que *estamos ante una amenaza de mundializar situaciones como la de Israel y los palestinos*, convirtiendo a todo el mundo en una especie de oriente medio, una especie de Ulster globalizado, o una gran Colombia... Es decir: situaciones marcadas por esa dinámica de terrorismos locos o desesperados, y respuestas desproporcionadas.

Los agentes de ese conflicto no son las religiones. No vivimos un enfrentamiento entre el cristianismo y la religión musulmana. Pues, por un lado, el mundo occidental ya no es cristiano; puede haber en él unos pocos cristianos excelentes, pero ni la cultura oficial, ni los gestores, ni los maestros o voces autorizadas de Occidente son hoy cristianos. Por el otro lado, el mundo islámico es en realidad mucho más plural de lo que parece. Hemos oído a musulmanes fervorosos desautorizar la religiosidad de un Bin Laden. O sabemos que países que practican en su interior un duro integrismo islámico, como Arabia Saudí, son desautorizados en el mundo musulmán como falsos creyentes, por su política exterior...

Las religiones intervienen en el conflicto porque ellas se expresan siempre de manera cultural. Pero *el verdadero enfrentamiento del momento actual es un conflicto entre el Islam como cultura, y el Occidente desarrollado, entendido también como cultura*. Este Cuaderno se propone analizar un poco esas dos culturas en conflicto, con especial atención a la nuestra, dado que está escrito por occidentales y preferentemente para occidentales. No sabemos cómo evolucionará el conflicto. Y es probable que, cuando aparezca este Cuaderno, hayan ocurrido cosas que en estos momentos no eran previsibles. Por eso hemos de limitarnos a hablar de las causas históricas que lo han provocado. Ojalá esa mirada a las causas aporte también elementos de solución (i).

Por necesidades informativas, no obstante, comenzaremos con una rápida información sobre el Islam como religión.

Es muy difícil hablar de una religión desde fuera de ella y en sólo dos páginas. Las líneas siguientes pretenden presentar únicamente aquellos aspectos de la religiosidad islámica que pueden intervenir en el conflicto cultural. Presuponemos que todas las religiones contienen afirmaciones dialécticas sobre la Divinidad, que son difíciles de armonizar, pero que deben ser mantenidas ambas.

Esas afirmaciones suelen ser la fuente de sus problemas en este mundo. Y suelen girar en torno a la Grandeza y la Lejanía de Dios (aquello que le hace ser “Dios”), y su Presencia y cercanía respecto a nosotros (aquello que nos permite conocerle, tratar con Él o darle culto etc.).

1. Dios y el hombre

Como ya es sabido, “islam” significa sumisión. El Islam es una religión marcada por la seriedad de Dios. Mahoma consideró supersticiosas o politeístas muchas formas de culto y muchas afirmaciones cristianas del entorno que conoció (vg. sobre la Encarnación, o sobre la muerte en cruz del Enviado de Dios...). Su primera obsesión fue un monoteísmo absolutamente puro, (“sólo Dios es Dios”; y “no hay más Dios que Él”) en el cual Dios quede en Su puesto y el hombre en el suyo.

Por eso, aunque cree en otra vida, el Islam no acepta que ella sea una vida “junto a Dios” tal como la promete el cristianismo. Expresiones como la del Nuevo Testamento: “cuando se manifieste lo que ya somos seremos iguales a Él porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 1ss), son inconcebibles –si no blasfemas– para un musulmán. La otra vida se mantiene dentro de los límites de la creaturidad humana y sólo puede ser descrita como un “más acá” placentero (ii). Definiciones bíblicas del hombre como “hijo de Dios” en sentido pleno, o como la frase evangélica de que “ya no os llamaré siervos sino amigos”, son también blasfemas para un musulmán. Dios queda en su sitio y el hombre en el suyo. Y aunque Alá es confesado en cada sura (o capítulo) del Corán como “clemente y misericordioso”, entre los cien nombres de Dios falta precisamente el único que le da el Nuevo Testamento: “Dios es Amor”. Para el musulmán, Dios es Señor y no “Abbá” en el sentido que daba Jesús a la palabra Padre (iii).

2. La historia

Por eso también, Dios será Juez, Premiador y Castigador de lo hecho en esta vida. Pero *no puede ser meta de la historia*. La historia humana no puede estar llamada a “terminar” en Dios (en el sentido del cielo cristiano). Y por eso, la encarnación de Dios, o la Resurrección de Jesús definida como “el fin de la historia anticipado en ella” (Pannenberg) son afirmaciones falsas y blasfemas.

Y sin embargo, la profunda religiosidad del Islam no se resigna a dejar a Dios sólo en su dimensión trascendente (como haría vg. la filosofía que llaman “deísta”). Dios marca toda la vida del hombre. Toda la realidad está tan empapada de Dios que es difícil comprender que pueda tener una “autonomía” en su funcionamiento. De ahí eso que suele llamarse “tentación teocrática”, o dificultad para asumir la secularidad que, aunque sea una dificultad propia de todos los universos religiosos, es quizá más fuerte en el Islam. La profunda piedad del Islam no entiende lo que un cristiano llamaría “*kénosis*” (o

anonadamiento) de Dios en nuestra realidad. La “palabra de Dios” precisamente por serlo, ya no puede ser palabra humana: de ahí el inmenso respeto del Islam al texto sagrado.

El Islam es, en este sentido, la más “religiosa” de todas las religiones de la tierra. Siempre Dios quedará “en Su sitio” de Señor, y el hombre en el suyo de creatura, sin que sea posible modificar esta situación ni siquiera por Gracia o favor de Dios. Todo esto la convierte también en una religión enormemente sencilla.

3. La mística

Lo que hemos descrito es la religión oficial. Pero allí donde la experiencia de Dios es auténtica, desborda siempre los esquemas oficiales. De hecho, el Islam ha legado a la humanidad uno de los mayores tesoros de la literatura mística. Nos referimos a toda esa corriente que se extiende durante unos siete siglos, desde Bagdad hasta España y que es conocida con el nombre de sufismo. El sufismo es un camino de purificación personal, muy serio y, a la vez, muy bello.

Pero en él, la experiencia de la cercanía de Dios ha sido de tal intensidad que lo acerca muchas veces a formulaciones de corte “cristiano” en las que la distancia entre Dios y el hombre parece esfumarse. Por este segundo punto, el sufismo está considerado hoy como sospechoso en la mayoría de las sociedades islámicas, y en algunas incluso prohibido. Por su belleza se está convirtiendo en un producto de “consumo” para nuestra aburrida sociedad occidental, que tiene el peligro de banalizarlo desconociendo la seriedad de sus caminos de purificación personal (iv).

4. Acusaciones falsas o desfiguradas

En resumen: *esa profunda afirmación de la unicidad y de la trascendencia de Dios, habrá de reflexionar cómo ese Dios puede marcar toda la existencia del ser humano, sin anular la autonomía de éste y de la creación.* Pero nótese bien: todas las religiones tienen de alguna manera este mismo problema. Si ahora lo evocamos no es tanto para criticarlo como para defender al Islam de muchas acusaciones tópicas que hoy se le hacen. Por ejemplo:

a. La “guerra santa”

Es una mala traducción de una palabra que significa “esfuerzo” y que se refiere muchas veces a la guerra del hombre contra sí mismo, contra todo aquello que hay en él contrario a Dios, no contra los otros creyentes que, en el Corán, son profundamente respetados. Cuando la religiosidad musulmana se siente agredida, es cuando ese esfuerzo puede convertirse en guerra. Y esa agresión la han sentido muchas veces los musulmanes en sus relaciones con Occidente (v). Pero el mismo Corán enseña: “nada de coacción en la religión. El camino verdadero sabe distinguirse él solo del error” (2,257).

Y aunque es cierto que Mahoma recurrió a las armas cuando vio el primer rechazo de su predicación, por los ricos comerciantes de La Meca, sin embargo, un factor decisivo en la expansión del Islam es que encontró un mundo enormemente dividido y lleno de luchas entre facciones, de modo que no fue difícil hallar complicidades en cualquiera de los lugares a donde llegó, y actuar (dicho con una palabra hoy muy de moda) como una primera “globalización”.

Para no citar en este punto la conocida historia de su entrada en la España de Don Rodrigo, evoquemos un dicho atribuido a los “monofisitas” del Oriente cristiano: “el Dios de la venganza ha enviado al árabe para librarnos del romano”. Si la guerra santa ha sido tantas veces desfigurada (y ya desde los inicios, por aquellos mismos comerciantes acaudalados que, al comienzo habían rechazado la predicación de Mahoma y luego vieron en ella una oportunidad de expansión para sus negocios), será bueno recordar que una desfiguración muy similar tuvo lugar en el cristianismo de la Edad Media, con las llamadas “cruzadas”. En cambio, el Islam fue tolerante allá donde se implantó. Y puede ser bueno recordar que uno de los mayores santos (y teólogos) cristianos del s. VIII, san Juan Damasceno, floreció en plena dominación árabe y había sido tesorero del califa de Damasco.

b. La mujer

Del tema de la mujer hay que decir lo mismo. Nada en el Corán autoriza pecados machistas del tipo talibán. La barbarie de la mutilación genital no ha brotado de ningún precepto coránico, (ni es en su origen un producto del mundo musulmán) sino de falsas soluciones sociales primitivas, frente a las cuales los occidentales deberíamos no olvidar aquellos “cinturones de castidad” de nuestro siglo XIII: en ambos casos se trata de falsas soluciones arbitradas por los machos en defensa propia, con el fácil recurso de

apelar a Dios para justificarlas, según esa terrible tentación humana de apelar a lo más sagrado como refuerzo de los propios afanes y privilegios.

. E. COE

~~EL COMUNISMO~~

~~LOS FUNDAMENTOS~~

Hasta 1989, el mundo musulmán había existido sin alcanzar ni la presencia universal ni la satanización que ha experimentado desde entonces. El 89 cayó la URSS y en el 91 tuvimos ya la atrocidad del Golfo, calificada por sus autores como el comienzo de un nuevo orden mundial.

El comunismo había sido hasta entonces el enemigo absoluto, el “mal total” cuya sola existencia nos legitima toda clase de violencias para protegernos de él. El proceso que va desde 1989 hasta nuestros días nos autoriza a levantar como mínimo la sospecha de si no será que *nuestro “orden” occidental necesita de un enemigo absoluto para poder subsistir como tal.*

1. La necesidad de un enemigo absoluto

¿Cuál sería la razón de esa necesidad de un enemigo absoluto? Simplemente la urgencia de encontrar una explicación que justifique las contradicciones de nuestra cultura occidental, cuyas proclamaciones son de tolerancia mientras sus hechos son de dominación, y cuyos lenguajes son de paz mientras sus hechos son de violencia. Una contradicción que reside en *la incompatibilidad última entre los ideales antropológicos y los ideales económicos de Occidente.*

2. La contradicción de Occidente

2.1. En efecto: la gran contradicción de Occidente reside en *la imposibilidad de armonizar su razón crítica y su razón económica.* La Modernidad nace esgrimiendo las posibilidades críticas de la razón humana: “atrévete a pensar”, enseñaba Kant. Pero nuestra economía se sustenta en (y sólo puede funcionar con) una falta total de razón crítica: lo importante en ella es la confianza (¿quien no está cansado de oír hablar de “la confianza de los inversores” o la confianza de los consumidores?”). Nos proclamamos hijos de los maestros de la sospecha, pero ¿quién no sabe que una sospecha un poco extendida puede acarrear una verdadera hecatombe financiera? Lo decisivo en nuestra economía es la aceptación acrítica del sistema de mercado cuyos dogmas han sustituido a los antiguos dogmas de la religión o de la tradición, típicos del mundo antiguo.

Como suele pasar en estos casos de autoritarismos aceptados, tales procedimientos son de una eficacia deslumbradora, capaz de justificarse sólo por sus resultados, *si se consigue que nadie pregunte por los precios* de esos resultados. Así es como la economía ha hecho callar a la razón crítica, ha lanzado contra ella las mismas excomuniones que antaño lanzara la religión. Y ha vuelto a recaer en un nuevo fundamentalismo, que es inconsciente de su carácter acrítico, y que sólo tiene ojos para el fundamentalismo islámico.

2.2. Como consecuencia de eso, Occidente ha sido presa de otra contradicción entre los ideales humanos de la Modernidad y sus ideales económicos. La Modernidad descubre la dignidad del ser humano (de todos los seres humanos) y la igualdad entre todos los hombres. Pero los mismos padres de la Modernidad (como Voltaire y Montesquieu) contradicen *incluso teóricamente* los ideales proclamados, admitiendo, por razones económicas, la legitimidad de la esclavitud y de la compraventa de esclavos, porque eran indispensables para mantener los precios de nuestro azúcar y nuestro cacao. Y reduciendo al final los ideales universales de la Modernidad, al ámbito exclusivo del mundo occidental. También frente a esta segunda contradicción, la cultura occidental ha sido enormemente acrítica. No está permitido pensar

libremente ni contra los dogmas ni contra los intereses del poder (que suelen estar sustentados por los dogmas).

De este modo, mientras el discurso occidental ha llenado el mundo de espléndidos ideales humanos en los que todos podríamos reconocernos y unirnos, la praxis occidental en los últimos años ha difundido tácitamente la enseñanza de que los fines políticos (y lo de políticos es un decir, puesto que esos fines siempre han estado al servicio de intereses económicos) justifican todos los medios incluso la muerte de inocentes (vi). ¿Tenemos derecho a extrañarnos si luego nos responden con esa misma moneda? Porque Occidente no sólo ha practicado ese modo de ver sino que ha acabado por justificar teóricamente esa práctica: nuestras guerras son siempre las del bien total contra el mal absoluto (y la ingenuidad de Bush junior cometió el desliz de proclamarlo así, tranquilamente, hablando de la “justicia infinita” y de “la guerra del bien contra el mal”).

Ahora bien, *ese planteamiento contradice en el fondo toda la visión que el mundo occidental ha tratado de construir y de difundir como fundamento de la sociedad y la convivencia humanas: la de una sana laicidad y una aceptación de la pluralidad*. Más adelante volveremos sobre este punto.

3. El verdadero enfrentamiento

El libro bíblico de Daniel (en su capítulo 7) describe una visión en la que aparecen cuatro bestias (vii) a las que se contraponen una “figura humana” (“Hijo del Hombre”) que es la que tiene la verdadera fuerza y en torno a la cual se congrega el verdadero pueblo. Siguiendo esa alegoría, podríamos evocar también que la reciente historia del mundo está marcada por otras cuatro pretensiones imperiales, todas con su promesa de falsos paraísos y su opresión de lo verdaderamente humano:

- a. el imperio “de raza” de los nazis que produjo un primer holocausto;
- b. el imperio “de clase” de los soviéticos, que produjo el Goulag;
- c. el imperio del mercado que está produciendo ahora un nuevo apartheid y multitud de holocaustos de los que nosotros preferimos no ser conscientes, o mirarlos como etapas provisionales, que son perversas pero necesarias.
- d. Y finalmente los sueños de un imperio panarabista, que han brotado aquí y allá del recuerdo de épocas pasadas y como anhelos que todavía esperan cuajar porque se sienten seguros de su fuerza. De vez en cuando esos sueños dejan entrever sus posibilidades de mal en episodios como el de los talibanes afganos o la persecución de Shalman Rusdie por el Irán.

Hacemos esta especie de alegoría para que resulte perceptible que, caídos los dos primeros, no queda para el presente en que nos encontramos más que la lucha entre el tercero y el cuarto de esos imperios. Y esa previsión se confirma si tenemos en cuenta que el mundo árabe no es sólo el que más se resiste a la penetración cultural y económica de Occidente, sino además el mayor propietario de un petróleo que se ha convertido en el “aire” que respira nuestra economía occidental. No es casualidad que casi todas las grandes cruzadas emprendidas por los Estados Unidos en nombre de los grandes valores, hayan tenido lugar en lugares y situaciones en los que había intereses económicos. Aquí se refleja otra vez la contradicción de Occidente de la que acabamos de hablar. Cuando la guerra del Golfo ya se habló de “sangre por petróleo”. Y ahora es imposible desconocer el tenaz empeño de Estados Unidos por la construcción de un oleoducto que transporte el petróleo de Asia Central hacia los puertos paquistaníes del Indico. Ese oleoducto habría de pasar por Afganistán y, hasta ahora, las conversaciones con los afganos para conseguirlo no habían dado resultado (viii)...

Esa sospecha debe quedar en pie. Sin olvidarla en absoluto, en las páginas que siguen quisiéramos ceñirnos más bien al aspecto cultural del choque al que asistimos. Podríamos definirlo como *el choque entre la secularidad total* (que es imposible como intentaremos mostrar) y *la religión política* (que es también imposible como intentaremos mostrar).

En el enfrentamiento de este siglo recién comenzado parece que van a estar, por un lado, la fuerza de la refinada crueldad armamentista unida a la miseria del enemigo. Y por el otro lado, la crueldad del odio acumulado unida a lo vulnerables que nos hace nuestro miedo.

1. Más desesperación que religión

La religión será manipulada como cualquier otro elemento humano que pueda dar fuerza. Será menos manipulada en Europa que ha sabido aceptar mejor una necesaria laicidad (o en todo caso, algunos en Europa aprovecharán esa manipulación para nuevas cruzadas antirreligiosas). Podría serlo más en EEUU, país mucho más supersticioso que Europa, aunque la libertad de expresión permitirá que otras voces (bautistas, católicas, etc.) se levanten públicamente contra esa manipulación. Este es uno de los grandes valores de esa libertad de expresión. Donde ella no exista, y haya además menos escolarización –como es el caso del mundo árabe– la religión será mucho más manipulada con sólo que surjan figuras inteligentes, con capacidad de arrastre y sin escrúpulos, como es el caso de Osama Bin Laden.

Pondremos sólo un ejemplo de ello: según el Corán, los cristianos son “los más próximos al amor de los Creyentes (ix)”. Ello muestra la tremenda infidelidad de Bin Laden a su origen, cuando califica la situación actual como “una guerra de los Creyentes contra los cristianos”. Otras voces musulmanas ya le han contradicho en este punto. Y sin embargo, tras este pésimo uso de la religión (que en el fondo busca manipular más fácilmente el sentimiento de sus correligionarios), hay que dar razón a Bin Laden en muchos de sus juicios *políticos*. “Nobleza obliga”.

En efecto: Occidente no tiene perdón por el drama de los palestinos, la ONU tiene una enorme culpabilidad en la actual situación mundial (aunque esa culpabilidad derive de que no consigue liberarse de la sumisión a Estados Unidos), su actual secretario no es un “criminal” (como dijo Bin Laden), pero ha sido un juguete de los gobiernos norteamericanos (que para algo forzaron la destitución del anterior secretario Butros Galli, con la pasividad europea). Y el ejemplo más hiriente: ha sido necesario vengar el atentado de las torres y necesitar para la venganza apoyos árabes, para que tanto Bush como Blair hagan declaraciones de que el problema de Oriente Medio debe resolverse con la proclamación de un estado palestino y el respeto a la ya olvidada resolución 242 de Naciones Unidas (que tiene más de 30 años de existencia y que Israel y EEUU han incumplido sistemáticamente). Pero también cuando la pasada barbarie del Golfo se había pedido una solución al problema palestino como modo de evitar futuros conflictos. Y la respuesta del entonces presidente G. Bush padre, fue que eso no era posible en aquellos momentos, pero que, en cuanto acabara la guerra, se resolvería ese problema. Por supuesto, la llamada “guerra” terminó, y en los diez años siguientes el problema palestino siguió empeorando.

Realmente, y mal que nos pese, no podemos tener crédito los hombres de Occidente. Porque poco a poco, Occidente ha ido abandonando las armas de la razón (a las que proclama deber su origen) para sustituirlas por la razón de las armas.

2. Más miedo que razón moral

Pero el miedo es un pésimo consejero y los occidentales tenemos miedo. Veamos algunas de las consecuencias de ese miedo, en lo que hasta ahora va de conflicto, que intentaremos formular con cierto buen humor.

2.1. “Imperios al borde de un ataque de nervios”

Algo así parece nuestra situación. Nuestro pavor ante el antrax o la recesión económica, las imágenes de prevención difundidas por la televisión, contrastan con el arrojo de aquellos que no tienen miedo simplemente porque siempre han vivido entre esas y otras amenazas peores. Y el gasto de miles de

millones de dólares diarios en defensa resulta irracional, porque contribuirá a acrecer la crisis económica y porque con menos inversión, pero hecha antes y a tiempo, podrían haberse obviado muchas de las causas de nuestros conflictos. Los gobiernos del primer mundo deberían preguntarse si su reacción no se parece demasiado a la del boxeador que describe el apóstol Pablo: siempre “golpea a ciegas” (1 Cor 9,27), acude a tapar el lugar en el que ha sido golpeado y, con ello, deja al descubierto un nuevo flanco para el ataque. Por algo dice el refrán que “mas vale prevenir que tener que remediar”.

2.2. “La guerra de los idiotas”

Como en aquella película de F. Bever llamada “la cena de los idiotas”, puede acabar resultando que el “idiota-buscado” sea menos estúpido que aquellos que lo buscan. Hemos hecho el ridículo invocando conceptos como el de “guerra justa”, sin tener ni idea de lo que significa ese concepto en la tradición moral de Occidente, ni de las condiciones elementales para poder acuñar esa expresión, ninguna de las cuales se cumplía ahora (x). Causa tristeza que cuando la CNN informa (y poco) de muertos civiles en Afganistán, añade el locutor levantando la voz que no hay que olvidar que todos esos muertos son “para vengar los miles de muertos entre nosotros”. Así nos estamos convirtiendo en más terroristas que aquellos a los que combatimos.

2.3. “El aprendiz de brujo”

Todos los terroristas malvados a los que ahora intentamos exterminar, fueron promovidos, apoyados, armados y entrenados por nosotros mismos. Así ocurrió no sólo con Bin Laden, sino con Sadam Hussein, con Noriega, con Pinochet o con la derecha salvadoreña... Sin necesidad de ponernos religiosos, hay una frase que el Corán suele repetir y que podríamos aplicarnos: “¿no vais a aprender?”. Ese inmediatez corto de vista, y nuestra incapacidad para mirar las cosas a largo plazo, nos vuelven muy vulnerables ante aquellos a los que la misma magnitud de sus problemas y la propia impotencia les enseñan a ser pacientes, y tratar de resolverlos muy poco a poco, a veces sin otra salida que la de aquel proverbio (árabe?): “siéntate a la puerta de tu tienda hasta que veas pasar el cadáver de tu enemigo”.

2.4. ¿Requiem por la democracia?

Sería terrible que los aviones del 11 S no destrozaran sólo unas torres materiales gigantescas, sino el gran edificio de la democracia misma que era la realización de la que Occidente podía sentirse más orgulloso (pese a su lamentable estado actual). De hecho estamos viendo que la obsesión por la seguridad nos va haciendo aceptar recortes a nuestra libertad, en información, en capacidad de movimiento, etc. Y eso contradice al famoso principio de Benjamin Franklin, “padre de la patria” para muchos occidentales: “quienes sacrifican la libertad a la seguridad, no merecen la una ni la otra”. El filósofo Hobbes, en una obra famosa (*Leviatán*), describió ya ese proceso por el que los ciudadanos entregan su libertad a un poder absoluto que los libere del miedo. Si ese proceso se consuma entre nosotros, aunque sea poco a poco, no será sólo la muerte de la democracia sino la mayor victoria de Bin Laden.

De un enfrentamiento así, entre la desesperación y el miedo puede esperarse mucho mal y durante mucho tiempo, a menos que nos decidamos a dar entrada en el conflicto a esa razón crítica y dialogante de la que Occidente se vanagloria. No hay ningún motivo para pensar que el diálogo puede ser eficaz en el caso de terrorismos de dentro (como era el del IRA) y no para los terrorismos de fuera. Sólo una forma no reconocida de racismo occidental podría argumentar así. A menos que lo que en realidad pensamos, sin atrevernos a confesarlo, es que ya es demasiado tarde para eso...

La inevitable brevedad de este Cuaderno nos ha obligado a hablar genéricamente de “Occidente”, sin distinguir demasiado entre EEUU y Europa. No desconocemos algunas diferencias, ni tampoco la falta actual de personalidad de una Europa sumisa (más que aliada) al amigo americano. Pero como la mayoría de nuestros lectores serán europeos, más que analizar diferencias, preferimos reflexionar un momento sobre Europa.

1. “Cuidado con perder tu alma”

“El derrumbe clamoroso de la famosa ‘línea Maginot’ hacia 1940, puso de relieve la mayor eficacia del nazismo alemán frente a todos los planes militares franceses. Pero a la larga, fue mostrando también la mayor inmoralidad que estaba en la raíz de esa eficacia. Y cosa importante: ¡esto casi nadie lo veía entonces! La opinión mayoritaria y triunfante estaba entonces con los invasores, aunque hoy casi nadie esté con ellos. Contra esos invasores, un grupo de cristianos fundó rápidamente, desesperadamente, la revista Témoignage chrétien, cuyo primer número, aparecido y vilipendiado en noviembre de 1941, llevaba como título: ‘Francia, cuidado con perder tu alma’, y era obra nada menos que de Gaston Fessard (xi)”.

Esta evocación (que hicimos por primera vez hace ya diez años) nos parece una parábola de la actual situación de Europa, invadida por un eficacismo económico que siempre triunfa a costa de lo más nuestro: de lo más humano. Desde este ejemplo del pasado, quizá deberíamos dirigir a la Europa de hoy una palabra semejante: “Cuidado con perder tu alma”.

Cuando este Cuaderno aparezca, el euro será ya la única moneda europea. Ello sugiere una sencilla reflexión: si se hubiesen dedicado a la elaboración de una política exterior común, la mitad sólo de los esfuerzos y del tiempo que se ha dedicado a la consecución de una moneda común, en estos momentos no tendríamos que avergonzarnos del triste papel de comparsa (o de la falta de papel) que Europa está jugando en la construcción del mundo. Es efectivamente una vergüenza la Desunión Europea en materia de política internacional, que contrasta con la Unión Europea en asuntos monetarios.

Esta observación no afecta sólo a las autoridades de nuestra Europa “virtual”. En ella juega un papel importante la *desmotivación de unos ciudadanos hijos del consumo y la postmodernidad*.

2. La cultura de la desmotivación

Al comienzo de la década de los noventa, cuando comenzaba a percibirse la avalancha del llamado neoliberalismo, una pléyade de analistas sociales advertía de que el peligro de la nueva situación era crear una generación de ciudadanos desmotivados, que sería luego el mejor caldo de cultivo para una nueva estructura social totalitaria.

Pues bien: podría decirse que la cultura que rezuman hoy todos los medios de masas, y que muchos calificaron de postmodernidad, como reacción al desencanto tras los esfuerzos prometeicos y orgullosos de la Modernidad, cabe toda en tres principios como éstos:

- *Es inmoral renunciar a “algo” de lo que la realidad ofrece, dado que la realidad no permite grandes ilusiones.* (Y añadamos gráficamente: aunque ese “algo” sea la mujer de tu hermano o el dinero de tu prójimo).
- *Es también absolutamente inmoral pretender cambiar nada de esta realidad.* Y quien intenta eso se encontrará con el castigo.

• Finalmente, *es aún más inmoral renunciar a algo por la esperanza de cambiar un poco la realidad*. Esa descripción no reproduce criterios que se formulan expresamente. Refleja más bien el inconsciente de una mentalidad que se transparenta en todos aquellos productos de la industria cultural que resultan “comerciales”. En ese contexto, las grandes palabras son tomadas siempre como algo que “hay que decir” para maquillar la realidad, pero a lo que nadie debe creer. Ha contribuido mucho a esta falta de fe el dato innegable de que las grandes palabras y las grandes promesas sólo solemos escucharlas en tiempos de elecciones, y de guerras: es decir, en aquello que ya han sido llamados tiempos de mentira (xii). Sucede así que un ciudadano volcado a su consumo narcisista, como compensación de una vida que no es fácil, y manipulado además por desinformaciones controladas por los poderes políticos y económicos o secretamente censuradas, por informaciones convertidas en auténticas “catequesis” que adjetivan y califican los hechos en lugar de intentar acercarse a ellos y a sus causas, ese ciudadano tiende a reaccionar airadamente y despectivamente cuando se tropieza con alguien que “comete el delito de tomar la vida en serio (xiii)”. Debemos añadir que en muchos países del mundo pobre se comete ese delito de tomar la vida en serio, precisamente porque la vida no es allí algo que pueda darse por supuesto. Y que esta reacción nuestra contra ellos es una reacción carente de crítica y una nueva forma de fundamentalismo.

3. Un ejemplo

Pongamos un ejemplo de esta mentalidad que intentamos describir: no es muy difícil adivinar que lo más intolerable para nosotros de los atentados del 11 de septiembre no ha sido el que fueran moralmente injustificables (aunque lo eran) ni el que causaran víctimas inocentes, sino *que no podían ser convertidos en objeto de consumo*. Ese ha sido precisamente el gran recurso de nuestra cultura postmoderna contra toda interpelación de lo real. En nuestro mundo hay otras mil cosas tan injustificables moralmente como el atentado del 11S, ya sea en el campo sexual, económico, social, militar, político o de sufrimiento infantil. Pero la contradicción del sistema nos las convierte en simples objetos de consumo.

Permítasenos otro ejemplo de ese convertir los horrores en objetos de consumo. El director de una de las películas escándalo de este momento (*La Pianista*) decía en unas declaraciones a la prensa que los pesimistas son aquellos que se limitan a hacer películas de entretenimiento (reconocen implícitamente que es imposible cambiar nada), mientras que él había pretendido provocar una sacudida en el espectador, porque todavía se considera optimista. Si la primera parte del comentario puede tener su verdad innegable, la segunda comete un craso error de percepción. Basta un hábil lanzamiento más o menos morboso para que el día del estreno, y a primera hora de la tarde, los cines estuvieran llenos de público que salía de ellos mucho más tranquilo y mucho menos interpelado de lo que el autor de la película decía pretender (incluso a lo mejor con la satisfacción de no estar “tan locos” como la protagonista del filme). Pues bien: esa manera de convertir el horror y la inmoralidad en simple objeto de consumo es lo que no pudo ocurrir (o no interesó que ocurriera) con los atentados de las Torres de comercio.

5 COMPLESIÓN

Ha de resultar evidente que, en situaciones tan difíciles como la que hemos creado, no existen soluciones prefabricadas, que se puedan aplicar mecánicamente, como quien encarga una “pizza” a domicilio. Sólo existen caminos, que a veces habrán de “hacerse al andar”, pero que en su recorrido pueden permitirnos un hallazgo progresivo de soluciones. Vamos a insinuar algunos de esos caminos.

1. La necesidad de ilustrar el Islam

La pregunta de cómo una religión cuaja en cultura es muy compleja y aquí no puede ser ni desflorada. Ateniéndonos a datos históricos, en la llamada “España de las tres culturas” y en su época de más esplendor, el Islam demostró que es capaz de convivir y que no es contrario a una ilustración. A los musulmanes debe Occidente el descubrimiento de Aristóteles y el ejemplo de algunos pioneros como Avicena y demás.

Hoy nos parece evidente que el mundo islámico necesita una seria “ilustración”. Éstas suelen ser procesos difíciles que se hacen mejor desde la confianza que desde la imposición. Los estudios sobre la experiencia mística ponen hoy de relieve que ésta (aun en el caso de que sea auténtica) es siempre diferente de las formas en que se expresa, las cuales están culturalmente condicionadas y vehiculan parte de la experiencia pero no la reproducen porque ella es irreproducible. Los mismos autores místicos ya presentían esto y lo expresaron de mil maneras. La inmediatez de Dios será siempre, para nosotros, una inmediatez mediada.

1.1. Algunos ejemplos

Dicho lo anterior de manera más casera, hoy sabemos la facilidad con que los textos religiosos antiguos presentaban como mandamiento divino lo que no eran más que medidas sanitarias muy útiles en sociedades primitivas, pero que no habrían resultado eficaces en la incultura ambiental, si no se las hubiese revestido de ese halo sagrado.

Esto vale para mil disposiciones sobre alimentos impuros, rechazo total del alcohol, circuncisión etc. Y eso comienza a comprenderlo de una manera intuitiva el inmigrante que, hoy y entre nosotros, se toma con los compañeros de trabajo una cerveza y unas tapas de chorizo, y sospecha que no ha ofendido por ello a Alá.

Con otro ejemplo más académico: la sura (o capítulo) 55 del Corán tiene en su parte final una cantidad de repeticiones que abogan con seguridad por una superposición de dos redacciones (un caso que también se da infinidad de veces en la Biblia), que una concepción inmediatezista de la “Palabra de Dios” rechazaría escandalizada.

1.2. El verdadero problema

Son sólo ejemplos de menor importancia. El problema más serio se planteará a propósito de la pretensión de una religión política, que deriva de la profunda experiencia de que Dios empapa todas las realidades y dimensiones humanas. La versión occidental de ese problema estuvo en lo que se llamó “la cristiandad”, y en las pretensiones trasnochadas de resucitarla hoy. La dimensión “pública” de la experiencia religiosa auténtica es ineliminable (y sólo intereses partidistas de los políticos pretenden eliminarla). Pero el camino para esa pretensión no pasa por el afán de una religión política, la cual llevará necesariamente a la intolerancia y la necesidad de eliminar al “hereje”.

En nuestra opinión, el Islam tiene un serio camino que recorrer aquí. Pero ni el desprecio, ni el maltrato, ni un orgullo racista cada vez menos inconfesado le ayudarán a ello. Porque, por otro lado, el Islam tiene serias razones para sospechar que nuestra razón occidental es en realidad una razón dominadora, poco fiable y poco universalizable como razón. Unos deben aprender que la razón es incapaz de fundamentar con plenitud muchas de las decisiones últimas y más serias de la vida del hombre. Y otros deben reconocer

que, a pesar de eso, la razón es un instrumento imprescindible para aquilatar, controlar y conducir ese tipo de decisiones últimas, evitando que se conviertan en puras pseudomísticas irracionales y ciegas. Digamos ahora una palabra sobre el primer miembro de esta dualidad.

2. Necesidad de una laicidad abierta

Cuando en este escrito hablamos de “religión”, no nos estamos refiriendo al cristianismo sino a la religión islámica. Para bien o para mal, el cristianismo ya no tiene crédito en Europa occidental. Pero todo el mundo árabe sigue creyendo (y a veces profundamente) en Dios. Pretender entonces que acabar con Dios es la solución del conflicto equivale a no resolver nada (salvo la satisfacción propia) o a proclamar una persecución religiosa contra los árabes, semejante a lo que proclamaron los países comunistas contra el cristianismo. Esta es una solución falsa porque la historia enseña que las religiones crecen mas cuanto más se las persigue.

Y es además una solución inútil porque un mínimo de racionalidad permite comprender que la verdadera razón del conflicto no reside en la fe en Dios, sino –como ya dijimos– en la desesperación por un lado, y el miedo por el otro, (aunque luego esa desesperación –como el miedo por la otra parte– echará mano de Dios como de cualquier otra herramienta que le parezca útil).

El problema es más bien que, para acabar con la desesperación de ellos, es preciso acabar también con la “instalación” de todos nosotros. Eso es lo que nos da verdadero pánico y lo que nos negamos a afrontar. No sólo la instalación en nuestro nivel económico (de la que ya hemos hablado) sino también *la instalación en nuestra increencia por la que nos sentimos tan superiores y tan orgullosos.*

La laicidad por tanto, no será verdaderamente tal, si no sabe dejar espacio en su seno a la posibilidad de la fe en Dios. Y esto no sólo por razones políticas de convivencia, sino también porque ella misma soporta su propia ambigüedad.

2.1. Los límites de la laicidad

En efecto: *los límites de todo eso que llamamos secularidad o laicidad se muestran con la aparición de los conflictos que son intrínsecos a la vida humana.* ¿Quién los resuelve? Si hay órganos destinados a ello *por naturaleza*, ya introducimos un cierto factor “confesional”: unos pseudosacerdotes ante los cuales no cabe la neutralidad y cuya sabiduría permite resolver el conflicto. Si se nos dice que esos órganos no están destinados “por naturaleza” sino por mera designación de la misma sociedad, damos un paso adelante pero sólo hemos retrasado el problema: pues ¿de acuerdo a qué valores resolverán los conflictos esos órganos designados? ¿De acuerdo con sus gustos subjetivos o grupales, o de acuerdo con unos valores *objetivos* ante los cuales no cabe neutralidad posible, y cuya aplicación es la que permite resolver correctamente el conflicto?

Si en este dilema optamos por el primer miembro, incurrimos en el gran riesgo de confundir laicidad con “neutralidad”. Y la neutralidad en tantas dramáticas situaciones de nuestro mundo es imposible, o se convierte en una flagrante complicidad. Pero si optamos por el segundo miembro estamos otra vez introduciendo un elemento “confesional”. En efecto: ¿significa eso que ha de haber un cuerpo de valores comunes y compartidos por la sociedad laica? ¿Qué hacer entonces con los miembros de esa sociedad que no compartan tales valores (vg. la unidad de España por poner un ejemplo cercano)? ¿No existe también el peligro de que se filtren dogmáticamente unos pseudovalores como valores “laicos”?

Algo de eso nos pasa con el mercado: en su versión actual (mercado global) es muy discutible que ese mercado sea un valor social. Sin embargo, a sociedades que se proclaman laicas los poderes económicos les piden la defensa a ultranza del ese mercado contra toda ingerencia en él. Esto se hace naturalmente en nombre de la buena marcha de la economía, pero de una economía que considera la “mercadización” de todo como un auténtico valor natural. Así vamos a dar a una especie de “estado confesional de mercado” que es lo que son en realidad todos los estados que hoy se proclaman laicos. Y encima los valores tienen la incomodidad de que o son universales o “no valen”. Pero ¿qué crédito pueden tener nuestras proclamaciones del valor de la vida, cuando nosotros somos cómplices tranquilos de decenas de miles de muertos de hambre cada día (xiv)? O ¿qué vida es de más calidad: la de aquel que necesita matar a otros para defender su nivel de vida o la de aquél que entrega su vida con la pretensión (quizás ilusa) de dar vida a los suyos? Son preguntas nada cómodas para las sociedades seculares.

En una palabra: *es prácticamente imposible que una sociedad se sienta unida y en comunión de unos con*

otros, si no lo está en torno a unos valores auténticos, sino sólo en torno a unas normas que facilitarán la convivencia como las normas de circulación facilitan el tráfico. Pero entonces no es tan fácil ni a veces tan posible encontrar la armonización entre esos valores y una verdadera laicidad.

2.2. Los caminos de una laicidad sana

Este es el problema que las sociedades laicas deben reconocer y soportar, no para abjurar de su laicidad (que sigue siendo mejor que cualquier confesionalidad impuesta), sino para sentir su precariedad y la necesidad de seguir avanzando en búsqueda. Y para comprender que laicidad no significa cerrazón total sobre sí misma, sino reconocimiento de unos límites ante los cuales se debe permanecer abierto. Una verdadera laicidad ha de implicar por tanto un auténtico respeto ante el hecho religioso o creyente, aunque no se entre en él ni se pretenda decidir sobre él.

O con otras palabras: el gran valor secular que es la tolerancia no puede ser confundido con la neutralidad, aunque ambas palabras tengan algo en común. La verdadera tolerancia no acontece en nombre de la falta de valores y de la indiferencia ante ellos, sino precisamente en nombre de los valores. Pero *si aceptamos que laicidad no es lo mismo que una cómplice falta de valores, entonces, cuando aparecen los valores surge siempre la pregunta por su fundamento.*

La secularidad intenta aceptar esos valores, dejando libre la respuesta a esa pregunta. Es un proyecto ambicioso y necesario para convivir, pero enormemente frágil, dado que el fundamento suele condicionar el contenido de los valores. De ahí los intentos actuales de buscar una “ética mínima” con la que todos podamos convivir secularmente y sin que ese “mínimo” signifique total (= “no hay más valores que éstos”). Pues eso sería otra vez una confesionalidad camuflada que será la amenaza perpetua de todas las sociedades seculares.

El incómodo Nietzsche (incómodo *para unos y para otros*) ya dejó planteado este problema: “todos somos iguales *ante Dios*. Pero el problema es que ahora Dios no existe” decía su Zarathustra. De donde parece seguirse que no todos somos iguales, algo que Occidente intenta negar en las horas tranquilas, pero proclama fanáticamente cuando se siente amenazado. Y si no todos somos iguales será inevitable que, tarde o temprano, más criminal o menos, surja algún Bin Laden que no nos deje hacer en paz las digestiones.

3. Atacar las causas del terrorismo antes que a éste

Quienquiera que conozca un poco nuestro mundo, y tenga la experiencia de llegar a algún país del llamado Primer Mundo, desde cualquier parte del planeta, la experiencia de pasar en muy poco tiempo de una miseria insoportable a una opulencia adormecedora, comprende en seguida que una situación así no puede durar mucho. Y este juicio es ajeno a toda consideración ética o religiosa. Es una percepción de sentido común. La presencia de muchos periodistas durante estos días en Afganistán les ha permitido vivir una temporada en situaciones similares (aunque mejoradas) a las que vive el pueblo allí. Los periodistas lo hacen por un sueldo, por servicio a una causa, por amor a la información o a la aventura. Pero saben que su sacrificio durará poco, y muchos se preguntan cómo una población puede aguantar toda una vida en condiciones tan infrahumanas. Semejante juicio vale para la mayor parte de los lugares del globo, aunque ahora no sean noticia y no reclamen periodistas.

Pues bien, en tal situación es absolutamente irracional (incluso desde un punto de vista económico a largo plazo) que nosotros gastemos billones de dólares en defensa, poniendo en peligro nuestras propias economías con ese despilfarro, cuando con menos de la mitad de esas cifras se podrían remediar todas las causas de la desesperación de los pueblos. Sólo el miedo cerval a alimentar competidores futuros, típico de la mala conciencia de los poderosos, explica tamaña irracionalidad.

Recuérdese en este contexto una frase gráfica del papa Juan Pablo II en Brasil: “si no damos a tiempo nuestros anillos acabarán cortándonos los brazos”. Otra vez: éste no es un juicio ético o religioso sino una simple verdad de sentido común.

4. Replantear la cuestión del armamentismo

EEUU se ha negado a firmar el tratado contra las armas biológicas, salvo en la forma de declaración de buenas intenciones sin poder coercitivo, (y en julio de este año se negó también a una inspección). Por eso resulta patético ver ahora al presidente Bush tratando de recabar adeptos para su violencia, con el

argumento de que los terroristas podrían tener esas armas (xv). La idea de que nosotros sí podemos armarnos porque somos “los buenos” y defendemos el bien absoluto, y ellos no porque son “los malos” es una de esas formas de fundamentalismo contrario a toda laicidad, de las que acabamos de hablar. El mundo ya no tendrá seguridad mientras el problema de las armas no quede reservado a una autoridad mundial elegida democráticamente, y sacado de las manos de los estados particulares. Sabemos que esta propuesta puede parecer ilusa. Sólo queremos añadir que la alternativa a ella es que el terrorismo tenga armas nucleares etc. Nos toca a nosotros “elegir entre la vida y la muerte”.

6 UN PLER PR LOS ST NS

1. Para aquellos de nuestros lectores que comparten la fe en Jesucristo quisiéramos añadir una breve palabra. En contra de algunas formas de religiosidad que buscan huir de la historia, nosotros creemos que la historia es “teofánica”, es el lugar donde debemos buscar a Dios. Pero ha de quedar muy claro que *la historia es teofánica porque en ella están los vencidos, los crucificados* de esta historia que no son los que la escriben, pero que están todos recapitulados en El Crucificado a través del cual se reveló Dios. La historia no es teofánica porque la escriban los vencedores (que es el gran peligro de la dosis de religiosidad fundamentalista que se da en EEUU y envuelve al actual presidente y a sus defensas de la venganza de los poderosos y de la pena de muerte). La historia tampoco es teofánica porque estemos seguros de que Alá nos va a dar un triunfo final, ni un “premio” por todos los infieles que matemos... Lo es simplemente porque, en el esfuerzo imposible por bajar de la cruz a los crucificados de la historia, puede hacerse (y muchos han hecho) la profunda experiencia de que “va Dios mismo en nuestro mismo caminar”, como reza una canción castellana que hemos cantado muchas veces en las iglesias.

2. Recordando ahora la contradicción de Occidente antes descrita, y los anónimos factores económicos latentes en el conflicto, los cristianos podríamos entender mejor el significado de las palabras de Jesús: “No se puede servir a Dios y a Riqueza (xvi)”. Quien dijo estas palabras no desconocía las necesidades humanas, había vivido tratando de remediarlas y “sus entrañas se conmovieron” ante ellas. Y aunque sus palabras nos parezcan intolerables incluso a quienes reconocemos su autoridad, ofrecen una de las mejores radiografías de nuestra sociedad occidental. Una de las causas (aunque no la única) de la pérdida de la fe en Europa está en que hemos elegido “servir a la riqueza”. Y en EEUU, donde ha permanecido más la religión, se está poniendo de relieve que, cuando se sirve a la Riqueza, se está sirviendo a un dios que obliga a matar. Todo esto debería hacernos pensar, aunque no estemos dispuestos a aceptarlo.

3. Finalmente no tenemos nada que objetar, por supuesto, contra los encuentros de oración por la paz que se están llevando a cabo en diversas comunidades. Pero sí queremos añadir que la oración cristiana habrá de asemejarse en este caso a aquello conocida plegaria de san Francisco de Asís, que no reza simplemente “danos la paz”, sino: “Hazme un instrumento de Tu Paz. Donde haya odio ponga yo amor”... etc. Tendría poco sentido rezar por la paz si luego comulgamos con alguno de sus enemigos, por las razones que sean.

Quizás este texto les resulte a algunos demasiado negativo. Quisiéramos aclarar que todo examen tiene como objeto precisamente reconocer las deficiencias propias, sin que ello implique desconocer, ni mucho menos negar, los elementos positivos de Occidente. Al revés: precisamente porque éstos existen, porque los conocemos y porque creemos en ellos, es por lo que podemos percibir mejor aquello que en nosotros es contrario a ellos. Hemos intentado hablar desde el amor a lo más valioso de Occidente y desde nuestra fe en ello.

Desde ahí, y a la vista de lo que hoy (a fines de octubre del 2001) está siendo la “guerra” de Afganistán, debemos decir sencillamente que hubiera sido posible otra solución. Que como ya dijo un clásico medieval, muchas veces “*las ocasiones no hacen al hombre, sino que demuestran lo que es*”. Algo de eso podría estar pasándonos.

Hubiera sido posible una reacción distinta de la venganza ciega por el orgullo herido. Otra reacción, similar a la que la gente sencilla manifestó en Nueva York enseguida de los atentados, sacando lo mejor de sí y acudiendo a colaborar en lo que pudiera. Este tipo de reacciones es la que suele faltar en los poderosos de la tierra. Una reacción que atendiera no sólo a los efectos sino a las causas, que fuese verdaderamente dialogada y no comprada o impuesta, que, sin renunciar a ejercer la justicia, se atuviera a los principios elementales de toda administración de justicia, entre ellos el de la presunción de inocencia hasta que emita su veredicto una instancia distinta de la que aplicará la pena. Y que no olvidara que la generosidad es precisamente la mayor muestra de fuerza: es aquel que se siente débil el que se siente menos capaz de ser generoso.

Creemos que hasta hoy no ha sido así. Sólo podemos desear y trabajar para que esto no acabe trayendo a la humanidad males mayores de los que se pretendía evitar. Por eso concluimos con las mismas palabras que cerraron otro Cuaderno de nuestro Centro, publicado en 1991, ante la “guerra” del Golfo:

“El verdadero prólogo de esta guerra no hay que buscarlo en el 17 de enero ni en el 2 de agosto, sino en la larga cadena de vejaciones y humillaciones de Occidente hacia el mundo islámico. La cultura islámica está seguramente necesitada de una “Ilustración”; pero quizá la que necesita no es nuestra ilustración occidental, que ya ha revelado suficientemente sus contradicciones... Todo esto puede decirse sin hacer ninguna defensa a ultranza del Islam, y menos aún del fundamentalismo islámico, sino sólo como expresión del temor de que Occidente haya menospreciado la capacidad de resistencia y de desesperación de los árabes y pueda estar coadyuvando a una auténtica “libanización” de todo el planeta... Este es el callejón sin salida a donde nos ha llevado el actual “desorden internacional”. (Cuaderno 38, *Reflexión sobre la guerra del Golfo*, p. 15).

Desgraciadamente, nos tememos que esas palabras hayan acrecido su vigencia en lugar de haber pasado de moda.

Cristianisme i Justícia
Consejo Permanente, 6.11.2001

(Documento firmado por un grupo de obispos y pastores, católicos y protestantes, el 20 de octubre del 2001)

Los abajo firmantes, obispos y pastores evangélicos y católicos del Brasil y de otros países de América Latina, reunidos en una jornada de estudio, reflexión y oración, en Ibiúna, Sao Paulo, del 15 al 22 de octubre de 2001, queremos expresar nuestra angustia y preocupación ante la actual situación internacional.

Condenamos todo y cualquier acto terrorista, como los del 11 de septiembre pasado, que suscitaron repudio y consternación universal, por su locura y por los millares de víctimas que provocaron, inclusive entre los equipos de socorro. Por todas partes se ha escuchado un gran clamor por la justicia, junto con gestos de compasión y solidaridad para con las víctimas y sus familiares.

Por otro lado, la indebida transformación del clamor por la justicia en actos de venganza y represalia con bombardeos aéreos contra Afganistán es igualmente terrorismo, practicado ahora por gobiernos que se presentan como democráticos, civilizados y cristianos.

Los bombardeos están provocando innumerables víctimas, incluyendo mujeres, niños y ancianos, destrucción de infraestructuras, aumento del hambre y la desesperación, agravamiento de la situación sanitaria, están echando a las calles a millones de refugiados. Se incita, deliberadamente, a un recrudecimiento de la guerra civil entre facciones políticas rivales con renovados sufrimientos para la población.

Hoy el clamor por la justicia viene acompañado por un creciente grito por la paz que se expresa en redobladas protestas y marchas contra la guerra, en manifiestos y celebraciones ecuménicas e interreligiosas a favor de la paz.

Nos unimos a todas estas personas e instituciones religiosas y civiles y a nuestras comunidades para proponer, a la luz de la Palabra de Dios y de este anhelo profundo de nuestros pueblos, un renovado empeño por la justicia y el diálogo, la solidaridad y la paz.

“El fruto de la justicia es la paz” (Isaías 32, 7)

La prolongada indiferencia internacional ante las situaciones de inhumana miseria que afectan a una parte mayoritaria y creciente de la población mundial está dejando una huella de sufrimiento y de muerte por todo el mundo, y también está generando resentimientos y protestas contra un reducido número de países que imponen este nuevo orden internacional, del que ellos disfrutan con el apoyo de organismos internacionales y de sus políticas de ajuste económico.

Estas políticas neoliberales vienen provocando desastres económicos y financieros en muchos países doblegados bajo el peso de deudas externas impagables, o afectados por bruscos movimientos y ataques a las monedas locales por parte del capital especulativo.

En los países pobres se asiste al retorno de enfermedades y epidemias, tales como el cólera, la tuberculosis, fiebre amarilla, malaria, que parecían controladas, y al surgimiento de pandemias, como el SIDA, que devastan continentes enteros.

Tras casi todas estas guerras actuales se mueven los intereses de las industrias bélicas y la disputa por el dominio de los mercados y el control de recursos naturales estratégicos, como el petróleo y el gas.

Sin la superación de las tensiones provocadas por la exclusión y marginación de grandes mayorías; sin el

compromiso concertado y sincero para disminuir las desigualdades internacionales, para eliminar el hambre, el racismo, la discriminación contra las mujeres y minorías étnicas y religiosas, para cancelar o reducir la deuda de los países pobres y para limitar la destrucción y los daños ambientales, difícilmente se gestarán las condiciones para una paz duradera.

“¡Nunca más la guerra! ¡Nunca más la guerra! Es la paz la que debe guiar el destino de toda la humanidad. Si queréis ser hermanos, dejad caer las armas de vuestras manos!”, fue el grito de Pablo VI, el 4 de octubre de 1965, ante la Asamblea de la ONU, en la ciudad de Nueva York, hoy herida por los atentados.

Personas y países que sufrieron los horrores y la locura de la guerra sin ningún tipo de límite y que se consumó en el holocausto de Hiroshima y Nagasaki, sólo pueden unirse a la voz y el testimonio de sabios pastores, como Mahatma Ghandi, Martin Luther King, Oscar Romero, mártires de la justicia y de la paz, que vivieron la no-violencia activa, como actitud espiritual y política.

Ante las modernas armas de destrucción masiva y de la guerra nuclear, química o biológica, que ponen en riesgo la sobrevivencia del planeta tierra y de la propia humanidad, sólo cabe la condena ética, sin rodeos, pronunciada por Juan XXIII en la *Pacem in Terris*: *“No es posible pensar que en esta nuestra era atómica, la guerra sea un medio apto para encontrar satisfacción a los derechos violados”*... (nº 127).

A los que hoy pretenden justificar la guerra, recordamos la palabra firme de Concilio: *“Cualquier acción bélica que lleva a la destrucción indiscriminada de ciudades enteras o de vastas regiones con sus habitantes es un crimen contra Dios y el propio hombre que debe ser condenado con firmeza y sin dubitaciones”* (GS n. 47,9).

Lo que se está gastando en la operación militar contra Afganistán sería suficiente para liberar a esa nación y a muchas otras del hambre, la miseria y la destrucción a que están sometidas, inaugurando relaciones de respeto y cooperación, de ayuda, solidaridad, y no agravando sufrimientos e implantando nuevas semillas de odio e incomprensiones.

El único camino para la paz es el de la superación de las injusticias y la divergencias, en el marco de un diálogo supervisado por instancias políticas y jurídicas internacionales legítimas, que deberían ser más respetadas y fortalecidas, como la ONU, el Tribunal Internacional de la Haya, ante el cual deben ser llevados, juzgados, castigados, si fueren encontrados culpables, los sospechosos de crímenes de guerra y terrorismo.

Guerra y venganza contra otra nación soberana, prácticamente indefensa, de manera unilateral e imperialista, por uno o más países, que son al mismo tiempo parte y juez, destruyen las bases de la convivencia internacional e instauran la ley de la selva y del más fuerte, destruyendo las salvaguardas del derecho.

Una de las primeras víctimas de la guerra es la verdad. Las guerras modernas son libradas en los campos de batalla, pero también y sobre todo en los medios de comunicación social.

La mentira y manipulación de la verdad, la demonización de adversario y la intoxicación de la población con deseos de venganza y odio, dificultan la negociación, el diálogo y la restauración de la concordia y de la paz.

Denunciamos y condenamos con toda vehemencia la caricatura que se viene difundiendo de la fe islámica y del mundo árabe, y que convierte en sospechosos a personas, pueblos y religiones. A ellos les pedimos perdón por la injusta ofensa que les llega del occidente cristiano. Esto sólo agrava los malos entendidos, fomenta prejuicios y aumenta las tensiones internacionales.

Una mirada sobre nosotros mismos y sobre la situación que vivimos nos invita a una actitud de escucha, de oración, pero también de decidido empeño en la construcción de la justicia y de la paz, que comienza en nuestro vivir cotidiano por gestos contra las injusticias y desigualdades, prejuicios y discriminaciones, por actitudes de compasión para con los pobres y pequeños, de lucha por políticas sociales inclusivas y por un nuevo orden internacional

La justificación de la guerra no es ni humana ni evangélica, y Jesús coloca entre las Bienaventuranzas aquella a la que somos llamados a poner en práctica en este momento, la de los constructores de la paz:

“Felices los que promueven la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5, 9)

Ibiúna, Sao Paulo, Brasil,

20.10.2001. Siguen 25 firmas.

i Remitimos para más información al Cuaderno de Luis Sols, *El Islam. Un diálogo necesario* (nº 82 de esta colección) que nos parece imprescindible

ii En los capítulos 55 y 56 del Corán hay dos escenas similares a la del juicio final de Mat. 25. Y allí, entre lo que se promete a los “de la derecha”, encontramos “vírgenes excelentes hermosas, huríes enclaustradas en pabellones, que antes de ellos nadie las habrá tocado”... “Estarán echados sobre tapices elevados. Las huríes a las que hemos formado, a las que mantenemos vírgenes, coquetas, de la misma edad, pertenecerán a los de la derecha”. Aunque estas promesas no deban tomarse literalmente (en otros momentos se habla de “las propias esposas, puras” etc.; y el Nuevo Testamento insinúa alguna vez imágenes como la del banquete o la nueva ciudad), sí que llama la atención la ausencia de toda alusión sexual en el cielo cristiano (fundamentada quizás por la palabra de Jesús en Mt 22,30). Al N. T. parece preocuparle más la búsqueda de un lenguaje que habla de la superación de la finitud (peligros, lágrimas, muerte, duelo, trabajo...) y de las mediaciones religiosas (“no habrá templo pues el Señor es su templo... ni noche ni necesidad de luz de sol ni de antorchas porque el Señor irradiará sobre ellos”: cf. Apoc 21).

iii Con todo, los expertos hacen notar que las palabras clemente y misericordioso provienen de la raíz RHM que significa entrañas. Y que quizá Mahoma evitó la palabra amor para evitar una concepción sexual del amor de Dios.

iv Sobre los sufíes es muy recomendable: E. GALINDO, *La experiencia del fuego*, (ed. Verbo Divino).

v Por ejemplo en la dominación europea sobre el Magreb, en la inglesa sobre el Oriente (con la aparición en Afganistán del activista al-Afghaní que encontró en la religión musulmana los fundamentos para su lucha anticolonial. O en los 4000 millones de dólares que el congreso norteamericano regala cada año como ayuda a Israel..

vi No se trata aquí sólo de la barbarie cometida en Irak, sino de otras atrocidades parecidas como la invasión de Panamá, al precio de 3000 muertos para capturar a un antiguo aliado “traidor”, el bombardeo de Sudán, el montaje de la “contra” nicaragüense para dejar luego aquel país sumido en la más espantosa miseria, el apoyo explícito a la barbarie de Pinochet en Chile. Y junto a ellos la cada vez más despreciable cobardía de la Unión Europea cuando olvida sus proclamas de defensa de los derechos humanos por temor a represalias económicas....

vii Que representan los cuatro imperios de la historia pasada: asirio, medo, persa y el de Alejandro

viii Ver por ejemplo el artículo de CARLOS TAIBO en *La Vanguardia* del martes 6 de noviembre.

ix Cf. 5,85. Ver también 2,59; 5,18; 57,27

x Esas condiciones las recordaban en EEUU las cartas al presidente Bush, tanto de los obispos católicos como de los provinciales jesuitas. Más meritorias precisamente por venir de ciudadanos norteamericanos.

xi De la obra en colaboración editada por Cristianisme i Justicia: *El neoliberalismo en cuestión*, Santander 1993, p.172.

xii Se atribuye al canciller Bismarck la frase de que “nunca se miente tanto como antes de unas elecciones, durante una guerra y después de una cacería”.

xiii Frase tomada de la dedicatoria de un poema de P. Casaldáliga a Leonel Rugama (asesinado por la dictadura de Somoza a los 20 años): “A L.R. porque cometió el delito de tomar la vida en serio”.

xiv El mismo día 11 de septiembre murieron de hambre 35000 niños inocentes, sin que ningún medio de comunicación diera la noticia ni se propusiera buscar a los culpables...

xv Para no citar el otro dato (contra el que podrían invocarse falsas excusas) de que en 1987 la Asamblea general de Naciones Unidas aprobó una resolución muy fuerte contra el terrorismo, con sólo dos votos en contra que fueron el de EEUU y el de Israel...

xvi El original griego de los evangelios comete la misma violencia lingüística que nuestra traducción, al hablar de Mammón (la riqueza) sin artículo y como personificado: la riqueza convertida en un dios, que es la riqueza privatizada. Igual que cuando Quevedo, en su famosa *letrilla*, habla de “don Dinero”.